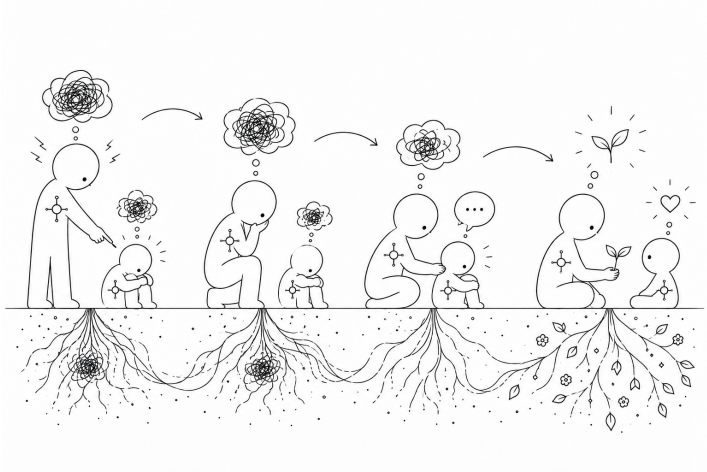
EL CASTIGO



A la pregunta: ¿Por que Dios en el antiguo testamento castiga al hombre y a las siguientes generaciones? ¿Que culpa tienen los hijos de los pecados de sus padres?

Habéis leído que castigo las faltas de los padres sobre los hijos, y sobre los hijos de sus hijos, durante generaciones. Y habéis temido mis palabras.

Habéis imaginado a un Dios que contempla las acciones de un hombre y, movido por la ira, decide perseguir a sus descendientes mucho después de que aquel hombre haya muerto. Os habéis preguntado qué culpa tiene un niño de aquello que hizo su padre. Y vuestra pregunta es justa. Porque ningún niño llega al mundo debiendo responder por los actos de quienes lo precedieron.

Pero habéis confundido el castigo con la condena. Habéis imaginado mi mano señalando a una familia, cuando aquello que os fue anunciado sucedía cada día delante de vuestros ojos.

El hombre transmite mucho más que la vida a sus descendientes.

Cuando nace un niño, desconoce el mundo que lo recibe. Todavía no comprende vuestras palabras, vuestras normas ni las razones de vuestros actos. Pero comienza a observar.

Observa cómo su padre responde cuando siente miedo. Observa cómo su madre se trata a sí misma. Escucha los gritos antes de comprender su significado. Reconoce el desprecio antes de conocer su nombre. Y descubre el amor mucho antes de que alguien pueda explicárselo.

Creéis que educáis únicamente cuando enseñáis. Pero también educáis cuando discutís, cuando calláis, cuando mentís, cuando perdonáis y cuando os avergonzáis de vosotros mismos.

El niño aprende de lo que le decís, pero también, y profundamente, de lo que os ve hacer.

Podéis enseñarle que debe respetar a los demás mientras humilláis a quienes os rodean. Podéis hablarle de confianza mientras vivís dominados por la sospecha. Podéis exigirle que diga la verdad mientras os escucha mentir para evitar las consecuencias de vuestros actos. Y podéis decirle que es libre mientras le enseñáis a temer cualquier camino diferente del vuestro.

Entonces crecerá. Y muchas de las conductas que aprendió sin comprenderlas comenzarán a parecerle naturales. Aquello que presenció durante su infancia podrá convertirse en la manera en que se relaciona con los demás. El miedo de sus padres podrá convertirse en su propio miedo. La vergüenza que recibió podrá acompañarlo cuando nadie lo esté juzgando. Y el desprecio que conoció podrá aparecer en sus palabras cuando tenga delante a sus propios hijos.

Así puede comenzar una cadena que atraviese generaciones.

Un hombre fue educado mediante el miedo. Creció creyendo que el miedo era necesario para corregir. Cuando tuvo un hijo, lo educó de la misma manera. Y aquel hijo, al convertirse en padre, repitió aquello que había conocido.

Tres generaciones después, alguien podría preguntarse por qué aquella familia parecía destinada a sufrir. Y muchos responderían que Dios la había castigado.

Pero contemplad lo sucedido. Ninguna mano descendió del cielo para condenar a sus descendientes. Fueron los actos de unos seres humanos los que dejaron consecuencias en la vida de otros. Y esas consecuencias continuaron mientras nadie aprendió a reconocerlas.

Eso es lo que debéis comprender cuando leéis sobre el castigo que alcanza a las generaciones.

No os hablo de una ira que viaja a través de los siglos. Os hablo de aquello que los hombres transmiten sin saber que lo están transmitiendo.

Y ahora quiero que comprendáis algo más profundo.

Os he dicho que formáis parte de mí. Que vuestra conciencia participa de una totalidad que experimenta la existencia a través de cada uno de vosotros. Que aquello que hacéis a otro ser humano no sucede fuera de esa totalidad.

Por eso, cuando un hombre causa sufrimiento, no está actuando sobre algo completamente separado de sí mismo. Está causando sufrimiento dentro de aquello de lo que también forma parte.

Cuando dañáis a otro, una parte de la existencia que compartimos recibe ese daño.

Y cuando ese daño alcanza a vuestros hijos y continúa a través de ellos, las consecuencias de vuestros actos permanecen mucho después de que hayáis olvidado su origen.

Habéis llamado castigo divino a una consecuencia que vosotros mismos habéis puesto en movimiento. No porque seáis culpables de todo cuanto os sucede. No porque cada sufrimiento sea merecido. Sino porque vuestros actos tienen efectos que muchas veces alcanzan lugares y personas que nunca imaginasteis.

Comprended la diferencia.

Si un padre humilla a su hijo, ese niño puede crecer creyendo que merece ser humillado. Si una madre vive aterrorizada por el abandono, su hijo puede aprender a temer que todo amor termine desapareciendo. Si un niño contempla violencia cada día, puede llegar a reconocerla como una forma habitual de resolver los conflictos.

Pero también puede rechazarla. Puede crecer y decidir que aquello que conoció no será aquello que entregue a sus hijos. Porque los patrones que recibís influyen en vuestra vida, pero no escriben por

completo vuestro destino.

Y aquí comienza una de las mayores posibilidades que os he concedido.

La capacidad de reconocer aquello que habéis aprendido y decidir qué deseáis conservar.

Un hombre puede descubrir que lleva años tratando a su hijo como su padre lo trató a él. Puede reconocer en su propia voz las palabras que tanto daño le hicieron cuando era pequeño. Puede detenerse. Puede pedir perdón. Puede aprender otra manera de actuar.

Y en ese instante sucede algo que durante generaciones parecía imposible. La cadena comienza a romperse. El hijo recibe una experiencia diferente. Y aquello que pudo continuar durante siglos encuentra una oportunidad de terminar.

¿Comprendéis ahora por qué os hablo de las generaciones?

Porque el sufrimiento puede transmitirse. Pero también puede transmitirse el cuidado.

Un niño que contempla a sus padres reconocer un error aprende que equivocarse no obliga a esconderse. Un niño que presencia una discusión resuelta mediante el respeto descubre que las diferencias no tienen por qué destruir el amor. Un niño al que se permite preguntar aprende que desconocer una respuesta no debe producir vergüenza. Y un niño que crece viendo a sus padres perseguir sus sueños puede comprender que la vida contiene posibilidades más allá de las obligaciones que otros han establecido para él.

También esto puede atravesar generaciones. También esto forma parte de vuestra capacidad de crear.

Por eso os digo que debéis mirar con atención aquello que entregáis a quienes vienen después. No solamente los bienes que acumuláis. No solamente las enseñanzas que pronunciáis. También vuestros silencios. Vuestros temores. La manera en que tratáis a quien depende de vosotros. Y la manera en que os tratáis cuando nadie os observa.

Pero escuchad bien:

Ningún hijo nace condenado por las faltas de sus padres.

Ninguna persona debe cargar con la culpa de una generación anterior. Quien ha sufrido violencia no está destinado a ejercerla. Quien ha crecido sin afecto conserva la posibilidad de aprender a amar. Y quien reconoce dentro de sí una conducta que le hace daño puede buscar ayuda, comprender su origen y construir otra forma de vivir.

No siempre será sencillo. Algunos necesitarán tiempo. Otros necesitarán que alguien los acompañe. Y habrá heridas cuyas consecuencias no desaparecerán por el simple hecho de comprenderlas.

Por eso jamás confundáis la posibilidad de cambiar con la obligación de conseguirlo sin ayuda.

La libertad humana no consiste en haber elegido todas las circunstancias de vuestra existencia. Consiste también en la posibilidad de responder de una manera nueva a aquello que recibisteis.

Durante siglos habéis temido que yo castigara a vuestros descendientes por vuestros pecados. Hoy os invito a contemplar una interpretación diferente de aquellas palabras.

Observad cómo una conducta puede repetirse. Cómo una creencia puede transmitirse. Cómo un

temor puede sobrevivir a quien lo sintió por primera vez. Y cómo una persona puede terminar sufriendo las consecuencias de algo que comenzó mucho antes de su nacimiento.

Entonces comprenderéis que aquello que llamasteis castigo puede ser también el resultado de una cadena de experiencias humanas.

Y si formáis parte de mí, como os he dicho, comprenderéis por qué ese sufrimiento nunca ocurre fuera de aquello que soy.

No necesito perseguir a vuestros hijos para que las consecuencias de vuestros actos lleguen hasta ellos. Tampoco necesito condenarlos para que sufran por aquello que otros hicieron.

Pero podéis detener esa transmisión. Podéis observaros. Podéis preguntar por qué reaccionáis como reaccionáis. Podéis reconocer qué parte de vuestra conducta procede del miedo, de la costumbre o de aquello que aprendisteis cuando todavía no podíais comprenderlo.

Y podéis elegir qué entregar a la siguiente generación.

Porque cada niño que llega al mundo recibe una historia que no ha escrito.

Vuestra responsabilidad consiste en procurar que esa historia no le impida escribir la suya.

Así, cuando volváis a leer que las faltas de los padres alcanzan a los hijos y a los hijos de sus hijos, recordad que una consecuencia no es una sentencia. Que una herencia no es un destino. Y que el sufrimiento recibido no concede derecho a transmitirlo.

El castigo que más habéis temido no siempre llega desde el cielo. A veces continúa en aquello que repetís sin comprender.

Y el día que aprendéis a reconocerlo, aparece ante vosotros la posibilidad de dejar de repetirlo. No para borrar lo que sucedió. Sino para que quienes vengan después puedan vivir algo diferente.